El guardián del silencio*

ANTONIO DELTORO

SIEMPRE HE PENSADO que a diferencia de la prosa, que tiende a ocupar todo el espacio, el verso, por naturaleza, requiere que a sus lados crezca una zona de silencio. El verso, los versos, nacen de los trechos mudos, de los despalabrados, de los que punzan al pasmo.

Creo en las propiedades curativas y trasmutadoras del lenguaje. Desde muy pequeño, cuando estoy nervioso o adolorido repito unos cuantos versos y me voy introduciendo en otro estado; me mudo a otras partes; la realidad, mi realidad, se transforma: soy otro. Estos versos han ido variando y se han ido ensanchando: son mi tesoro esencial: Machado, Paz, San Juan, Fray Luis, Garcilaso, Guillén, etcétera. Auden decía que el poeta es un enfermero; San Juan lo fue, antes de fraile o poeta, en el más literal de los sentidos. En consonancia con lo anterior, para Lezama "la poesía no es sino la figuración musical de la bondad".

Si tomamos en cuenta la gran cantidad y calidad de la poesía que tenemos a nuestras espaldas, aparentemente resulta absurdo escribir; lo natural es leer. "En el convivir se completa el vivir del individuo" decía Ortega, pero también nuestro vivir individual enriquece el convivir. Escribimos porque queremos que nuestro tiempo único y concreto no pase sin dejar huella, sin sumarse al caudal de los otros; pero también porque sin nuevas aguas las aguas de la poesía se estancarían. Leer es releer; releer es moverse con respecto de otras lecturas anteriores; parte de este movimiento lo constituyen los libros que leemos entre una relectura y otra: leemos a Fray Luis desde Borges; a Garcilaso desde Paz. Escribir es reescribir, es necesario que se siga escribiendo para que la poesía no se congele, no se vuelva manual ni biblia, repetición mecánica ni retahíla beata y formal. El poeta introduce la tierra, el fuego, el aire y el agua a las palabras y a la época que le tocó vivir, pero también su época y sus palabras a los cuatro elementos de siempre.

En la vida diaria nos amurallamos para que no nos hagan daño y suponemos que a nuestro alrededor los hombres y las cosas están anestesiados, cuando no muertos. El poeta, los poemas, combaten esta ficción; en realidad todo está prodigiosamente vivo. Uno de los libros que más me gustan es *Maravilla del mundo*, una selección de lo que ahora llamaríamos poemas en prosa de fray Luis de Granada, hecha por Pedro Salinas. En este librito se canta con igual atención y entusiasmo las cosas grandes y las pequeñas. Yo sería partidario de una religión que no resaltara unas cosas en detrimento de las otras, de una religión horizontal, que no hiciera distinción entre el torrente y la gota, entre la fogata y el cerillo, entre las criaturas y su creador; que cantara la simultaneidad; que restituyera a todo la dignidad de lo enigmático y su calidad milagrosa.

En mi poesía actual intento hablar en un tono íntimo del asombro, pretendo hacer una poesía de baja velocidad, cercana a la materia y a la observación. Quiero hacer una bitácora de algunas modestas intuiciones, de algunos pequeños descubrimientos, frutos de una curiosidad miscelánea pero obsesiva: la relación entre la temperatura de las almohadas y la coloración de los sueños, la delgada alegría de encender un cerillo, el común bipedismo de los pájaros y los hombres. Siempre me ha interesado la aventura de lo pequeño; "la normalidad aguda" para utilizar una expresión de Guillén; para mí no hay mayor honor que el de estar vivo; toda la poesía en el fondo celebra este hecho esencial; intenta devolverle la corona del ser a todo ser. Esto se puede realizar sin grandilocuencia, sin lujos verbales: también uno se enriquece con claridad; depurando se llega a nuevas abundancias.

La poesía de baja velocidad que pretendo, capaz de ponerle la zancadilla al ritmo vertiginoso, desquiciado, pero dominante de la época, no quisiera que fuera una poesía provinciana, amodorrada, pacata; sino una que poseyera una lentitud alerta, despierta, combativa; ni plañidera ni frívola.

Cercado por acontecimientos cada vez más rápidos, el hombre actual es incapaz de quedarse en nada. El poeta debe intentarlo; debe intentar detenerse para oír por debajo de los cambios un tiempo más hondo y verdadero: suyo, del cosmos y de la especie. Las fechas las colocamos a destiempo, vienen de afuera, de otros, de un tiempo no vivido.

Para Bachelard, "imaginarse un mundo es sentirse responsable, moralmente responsable de dicho mundo". Los ojos del poema son los del descubrimiento, los de la trasmutación, no los del hábito ni los de la convención.

En el barullo de la época sólo haciendo silencio, separando, creando nuevos espacios se puede aspirar a cultivar esa pasión por la metamorfosis que, para mí, distingue al poema. El poema crea su soledad, su silencio. Esta zona de silencio, que está representada en la página por el blanco que rodea al poema, es el origen del rostro y de la voz del poeta; es su responsabilidad. Este no debe rendirse a la superstición del resultado, de la prisa, de la cantidad, de lo lleno;

*Texto leído en Zacatecas en una mesa redonda titulada "Ética y poética".

que es la superstición de nuestros días. Debe ser fiel a su silencio y a su verbo; compartir con el pescador la religión de la espera. El poeta porque es responsable de su voz es el guardián del silencio; de su silencio.

Hay dos modos de conciencia;
una es luz, y otra paciencia.
Una estriba en alumbrar
un poquito el hondo mar;
otra, en hacer penitencia
con caña o red y esperar
el pez como pescador.
Dime tú: ¿cuál es mejor?
¿Conciencia de visionario
que mira en el hondo acuario
peces vivos
fugitivos
que no se pueden pescar;
o esta maldita faena
de ir arrojando a la arena
muertos, los peces del mar?

Esto que expresa de manera radical y pesimista este poema de Machado es, por decirlo así, el principio de indeterminación de Heisseberg del lenguaje: o nombramos o seguimos el movimiento de lo vivo. Por mucho que trabajemos la transparencia de las palabras, que tratemos de que se interpongan lo menos posible entre el instante y el poema, siempre estarán allí, y con ellas quien nombra y toda la historia del idioma. Pero si queremos pescar, tenemos que tejer una red de silencio y de espera simbolizada esta vez por la página en blanco, para que en ella caigan, no los peces muertos del poema de Machado, sino los pescados vivos de la cita de Mairena con la que quiero concluir: "El poeta es un pescador no de peces sino de pescados vivos, entendámonos, de peces que puedan vivir después de pescados". ✱